

## **CAPÍTULO TERCERO**

# **LOS RIESGOS Y AMENAZAS**

## LOS RIESGOS Y AMENAZAS

Por ALEJANDRO CUERDA ORTEGA

### RECUPERAR LA IDENTIDAD

El señalamiento de los riesgos y amenazas que pueden incidir negativamente sobre un nuevo orden de seguridad en Europa obliga a centrar previamente el análisis en los elementos sobre los que descansa ese nuevo orden de seguridad, para así poder identificar los factores o circunstancias que pueden afectarles negativamente. Se trata de “construir” con las máximas garantías de permanencia, lo que exige revisar estructuras básicas, cimientos, es decir, las esencias de Europa.

Ese razonamiento lleva a una identificación del sujeto de este estudio, que no es otro que Europa; lo que ha llegado hasta nosotros desde sus orígenes y merece la pena conservar; lo que fue salvado por el esfuerzo de tantas generaciones a lo largo de los siglos. Está en la Historia. Ya ha sido desarrollado en el primer capítulo; sin embargo, con base en él, habré de señalar los elementos esenciales que la identifican, para así —como expresaba al principio— identificar también los peligros que los acechan.

Estoy en el ámbito de los conceptos, por lo que no haré mención a los límites geográficos. No es la Geografía la que nos puede dar una respuesta satisfactoria a lo que es o puede ser Europa. Para los fines de este análisis considero a Europa como una realidad histórico-cultural con caracteres propios. El apasionante relato de la evolución de esa realidad no es el objeto de este capítulo, por lo que la referencia al mismo será breve, casi esquemática, aunque necesariamente densa.

En esa historia y en esa cultura destaca la raíz o aportación griega, que con inteligencia y valentía supo crear un orden político en el que vivir en libertad y abrió el razonamiento metafísico que señala el valor de la conciencia humana en el análisis del comportamiento a la luz de la ley natural, elemento esencial de la libertad. Entre sus errores y carencias, la mitificación y particular deificación de todo lo humano, restando sentido trascendente al comportamiento del hombre y al mismo hombre, y el haberse quedado en lo conceptual, sin aplicación práctica a la organización de la vida ordinaria.

Sería luego su sucesor, el Imperio Romano, el que lo completase, expandiendo ese primer embrión europeo-helénico por todo el Continente. Aparte de divulgar la cultura griega, creó los elementos materiales y, sobre todo, los organizativos (leyes, administración, ejército,...), que darían a aquella incipiente Europa el cauce, forma y medios para su inicial desarrollo.

Como es bien sabido, después de dificultades y trágicas persecuciones, el Cristianismo se funde finalmente con el mundo greco-romano de tal forma que, a su caída y disolución, salva todo lo que es esencial y coincidente con su doctrina, lo recoge, conserva, inspira, mejora y lo enseña y lo difunde, llegando hasta nosotros.

Pero además, nace el sentido cristiano de “tiempo nuevo”, sentido nuevo de la vida del hombre, modos nuevos, “modernus”, concepto de modernidad, iniciando una era cultural y sociológica que rompe con la antigüedad clásica greco-romana, asumible con el concepto hebreo del proceso de salvación del hombre, una de las claves que identificarán Europa. El hombre sabe ya que se encuentra en un proceso lineal de salvación, de dónde viene y a dónde va, y que tiene obligaciones en una marcha continua de origen a fin; un final que no es ya el de su mera existencia humana, pues se le promete otra vida, lo que supone la aparición de la esperanza. Nace también el sentido universal que propugna el cristianismo, *toda la humanidad*, que le inspirará el deseo de expansión, de fraternidad, de compartir la evangelización, que tanto ha de explicar la historia posterior de Europa.

La confrontación posterior con el mundo islámico refuerza la conciencia cristiana-europea y lleva a la unidad. Luego se producirá la expansión de esta cultura a otros continentes, muy particularmente a América. Aparece el vocablo “occidente” para diferenciarlo de las culturas orientales, pero el mundo europeo moderno coincide con la expansión del Cristianismo.

Durante cinco siglos (IX-XIV) ese mundo europeo se llama “la Cristiandad”. La Iglesia es el poder espiritual más sólido, depositaria del saber y la cultura, desde la inmensa producción y acumulación documental hasta la creación de universidades, acaecimiento de primer orden en la formación de Europa. En otro orden de cosas, también de los monasterios saldrán nuevas técnicas de cultivo, formas de administración racional, sentido del trabajo, disciplina, nuevos oficios, los grandes arquitectos, la organización de la vida, que luego la Reforma protestante sacará del ambiente monástico y llevará a la sociedad. Nace el espíritu caballeresco, que asume los valores cristianos y se compromete a defender la Iglesia, mantener la paz y justicia, proteger pobres y desvalidos, espíritu y actitud nunca desaparecida en Europa, de fácil identificación con la posterior llamada de las izquierdas revolucionarias en Europa, en su afán de justicia.

Nos referimos por lo tanto a conceptos básicos, a principios fundamentales, a valores y a elementos característicos sobre los que habrá que fijar la atención para salvar y conservar lo que es identidad de Europa: dignidad del hombre, fraternidad, respeto a las libertades individuales, derecho a la cultura y a la propiedad privada, justicia, auxilio y amparo a los necesitados, protección y respeto a la familia, defensa primordial de los valores esenciales sobre los personales, altruismo, educación, hermandad como inspiración de vida en común (en contraposición a tendencias excluyentes), compartir las riquezas, etc. Bien es cierto que esta ética no identifica a la Europa de nuestros días pues las ideas por sí solas no bastan, si luego no se desarrollan.

Además, creemos que debe quedar claro que Europa no es exclusivamente la UE y que la UE no podrá desarrollarse plenamente si no tiene una idea de lo que es Europa. Falta una declaración de a dónde vamos y sobre qué valores fundamentales se planea el futuro en paz.

Señalados ya unos valores, principios y elementos fundamentales que han conformado la identidad de Europa, es hora de analizar en qué modo se encuentran amenazados. En cualquier estudio de los muchos que proliferan sobre Europa pueden encontrarse señalados los retos y amenazas que pesan sobre las perspectivas de una paz estable, y hay amplia coincidencia en varios de ellos: *nacionalismos agresivos, racismo, narcotráfico, terrorismo, crimen organizado, proliferación de armas, especialmente las de destrucción masiva*, etc., que, por otra parte, no es probable se presenten aislados, sino varios de ellos simultáneamente.

Ciertamente son amenazas reales, sobradamente conocidas y estudiadas, razón por la que no les dedicaré demasiados comentarios, pero también porque existen como efecto de otras causas primeras.

He hablado de “amenazas”, pero emplearé ahora el término “riesgos” por dos razones: en cuanto al concepto en sí, porque, aun tratándose en ambos casos de “la posibilidad o contingencia de que suceda un daño, desgracia o contratiempo”, la idea de *amenaza* se identifica con algo que procede del exterior a mí, ajeno al orden o al sistema en que me encuentro instalado y que, en buena medida, no he procurado. *Arriesgarse, ponerse en riesgo* es otra cosa y sí tiene relación con mi comportamiento y, desde luego, con las posibilidades de daño que a continuación se van a exponer. En segundo lugar, porque, desde la desaparición del Pacto de Varsovia la palabra *amenaza*, con todo el caótico significado de entonces, es evitada, empleándose el término *riesgo*, que está en una escala menor del daño posible.

En este sentido, considero de mayor interés el análisis de otros riesgos y peligros para la estabilidad, distintos a los anteriormente citados, unas veces ignorados, otras aceptados como componentes inevitables del actual status europeo y otras, producto de intereses particulares, entre los que cuenta el egoísmo o el prestigio político o social como valores primeros.

Naturalmente, este análisis se hace sobre el supuesto de que lo ya conseguido y bueno va a conservarse, y todas cuantas medidas se proyecten para anular o disminuir lo que puede poner en riesgo un orden de seguridad tendrán que contar, como condición, con el mantenimiento de las circunstancias, logros y valores positivos que actualmente configuran el modo de vida europeo, como son el sistema democrático, la economía productiva y estable, el mantenimiento también del vínculo transatlántico, de la cohesión de la Alianza, la ampliación de la UE —pues si hay excluidos permanentes habrá inestabilidad—, el respeto a un orden justo y a los derechos humanos, etc.

Como suele ocurrir en cualquier análisis en que se han de manejar diversos componentes, surge pronto el intento de clasificar esos elementos componentes por apartados, a lo que tan propenso se es cuando se aborda un estudio con intención de clarificar y facilitar. En este caso particular de los riesgos y peligros que pueden afectar a un orden de seguridad sería simple intentarlo en razón de su carácter, origen o causas; digamos que por su entidad política, étnica, militar, económica, religiosa,

demográfica, etc., pero no encuentro en esa división otra ventaja que la facilidad de exposición, que en poco ayuda a la mejor comprensión de las conclusiones a que me ha llevado este análisis y que pretendo desarrollar.

Sólo encuentro razón para dos únicos apartados: por un lado, los riesgos, peligros, amenazas, etc., que tienen su origen o pueden explicarse por un defectuoso planteamiento o selección de los valores, principios y fundamentos que han de presidir la vida y actuaciones de la comunidad europea. Ese es, a mi juicio, el más importante y el que responde plenamente al interés de este estudio, en que se trata de la posibilidad de establecer un orden nuevo que se traduzca en mayor seguridad para Europa, lo que obliga a analizar esos principios, bases y elementos. En el otro apartado quedarán los riesgos y peligros que causa la indiferencia dolosa, el egoísmo y la maldad del hombre, al marginar conscientemente la ley y la norma; aunque fuesen peligros mayores, si la ley es sabia, justa y clara, su anulación no ha de ofrecer dudas.

Pienso que, al hablar de un “nuevo orden” para Europa, aunque sea en el ámbito de la seguridad, ha de extremarse el cuidado en la elección de esos valores o principios fundamentales que han de definir e inspirar las normas y leyes que regulen el comportamiento del grupo humano al que se dirigen. Se trata de una “ley de leyes”, de la “carta magna” que va a presidir toda intención y toda actividad.

Como quedaba expresado al comienzo de este estudio, se trata de construir con las máximas garantías de fidelidad a las esencias y valores fundamentales que identifican a Europa; que por una deficiente, incompleta o equivocada implantación de esos principios no pueda darse entrada al error o la maldad; que la astuta e interesada expresión de que “lo que no está prohibido, está autorizado” no tenga posibilidad de justificar el mal. Y digo esto porque soy de la idea de que la máxima norma que pretende hoy regir los destinos de Europa está lejos de lo que pensaron, desde Carlomagno hasta nuestros días, los inspiradores de una Europa unida, y lejos también de los valores y principios que forman el acervo de nuestra civilización y cultura.

Hablo del Tratado de la Unión Europea (TUE), que ha desarrollado multitud de normas e instrucciones que asombran por el detalle y previsión a que llega en los aspectos económicos, agrícolas, comerciales, financieros, etc., pero falla en los elementos sustentadores, en las directrices de carácter humano, en la invitación a la generosidad y en la conminación al respeto a la persona. El Tratado parece así el producto del

esfuerzo de hombres de gran inteligencia y escaso corazón. No quiero decir que se hayan ignorado intencionadamente esos principios morales, pero sí digo que en la redacción de la fundamental norma de convivencia para Europa no puede haber solo tecnócratas, porque de ellos no puede esperarse que valoren y den preferencia al espíritu, a la nobleza o a la bondad. Eso es lo que buscaban aquellos hombres (Schuman, Monnet, Adenauer, De Gasperi, etc.) que una vez más, al terminar la segunda gran conflagración mundial, quisieron unir Europa en un abrazo leal y generoso.

Hablo de la paz que puede reinar con un acertado orden de seguridad pues, como dijo Ernst Jünger, "la paz sólo será posible si en ella se conjunta todo lo que aún continúa teniendo dignidad y rango humanos" ("Der Friede", 1944).

Se trata, pues, de agrupar aquellos factores de riesgo sobre los que pueda actuarse en alguna medida por ser consecuencia del error o la omisión en los fundamentos legales de la Unión Europea, y que son los que considero deben ser analizados con especial detenimiento en este estudio sobre un nuevo orden para Europa. Quedan fuera —y formarían un segundo grupo— aquellos otros riesgos y amenazas a la seguridad que tan sólo son consecuencia de la mentalidad malévola del hombre, de una conciencia torcida; también, los que surgen como consecuencia de la evolución natural, del desarrollo humano o de la acción de la naturaleza.

No quiero decir que estos otros factores no constituyan auténtica amenaza y deban, por ello, desdeñarse. Por el contrario, sus efectos pueden dañar gravemente, y hasta destruir, la pacífica convivencia humana, pero su lamentable existencia, bien sea debida a la condición del hombre, bien a los efectos de la naturaleza, no puede ser anulada por medio de leyes. Todos los gobiernos las han previsto y se esfuerzan por evitar que surjan o por corregir sus consecuencias. Entre estos males están —como se apuntaba anteriormente— por un lado, el terrorismo, el narcotráfico, la delincuencia organizada, el comercio ilícito de armas, la producción incontrolada de armas de destrucción masiva, la explotación de los débiles, la tortura, la contaminación ambiental dolosa, la manipulación genética, la cultura de la muerte, etc. Por otro lado, las catástrofes naturales, la degradación del ambiente, la explosión demográfica.

Sólo dedicaré unos comentarios aclaratorios a esa relación de males, que no será tratada en profundidad. Con respecto a los que son causa-

dos por el hombre, decir que suelen presentarse varios de ellos en conjunción, y pocas veces en forma aislada. También, que con alta frecuencia tienen su origen en el descontento por la falta de oportunidades de una vida mejor, por la pobreza comparativa, la frustración, que generan odio o miedo, dos sentimientos que provocan la violencia. Quiere esto decir que en tales casos, solamente cuando surgen como consecuencia de la extrema necesidad, no imputable a la maldad del hombre, pueden y deben ser evitados, al menos aliviados, por medio de un orden más justo que incluya *el deber* de compartir los bienes de la tierra, como ya se ha comentado al hablar de los Derechos Humanos, carentes hoy, en buena medida, de un estímulo claro y terminante a la generosidad y la fraternidad.

También, en cuanto al incremento demográfico, nada que decir respecto a la natural evolución de la especie humana; pero sí que, en lo referente a los sufrimientos y consecuencias que acompañan a un crecimiento excesivo y descontrolado, pueden y deben igualmente ser aliviados por medio de acciones decididas y generosas de los que tienen en exceso.

Quedan así, frente a Europa, arriesgando la paz de unos y otros, de los justos y de los culpables, de los responsables y de los indiferentes, de los que no saben o no comprenden, de los ineptos y de los astutos y sagaces, y también de los que claman inútilmente por un mundo mejor, los males causados por una pérdida consciente de la identidad de Europa, por el abandono de sus valores culturales y por la existencia aún de unas estructuras orgánicas y rectoras del orden vigente en las que han encontrado esos males fácil acomodo.

Destaco entre ellos los siguientes:

- La pérdida de valores, con especial gravedad en la educación infantil.
- La ineficacia de las Naciones Unidas.
- La pasividad de la UE y de la OSCE.
- Los conflictos interétnicos.
- La continuidad en la ampliación de la NATO.
- La supervivencia de la UEO.
- La inestabilidad de Rusia y Yugoslavia.
- El extremismo religioso islámico y el error con Turquía.
- La actitud ante la explosión demográfica.



## ANÁLISIS DE LOS RIESGOS

### La pérdida de valores y principios

Supone la pérdida de la identidad, lo que identifica y distingue, lo que es particular y característico. Resulta sorprendente y significativo, prueba de desorientación, que la Identidad Europea de Seguridad y Defensa (IESD) —tantos años buscada— se considere lograda por el hecho de contar con la presencia o aportación militar norteamericana. Es decir, que lo que va a identificar a Europa a partir de ahora en materia de seguridad y defensa, como en cualquier otra materia, lo que la va a distinguir con rasgos propios, lo que le va a dar su propia personalidad y carácter es la aportación de elementos extraeuropeos. Puede aceptarse que esa presencia o ayuda sea necesaria y hasta imprescindible para garantizar su seguridad y defensa; es más, esa es la realidad y lo será por mucho tiempo; pero eso quiere decir que se necesita tal ayuda exterior para lograr una adecuada “capacidad europea de seguridad y defensa” o una “*garantía* europea de seguridad y defensa”, pero no una *identidad europea*, pues esta habrá de ser lo que la distinga de los demás y le dé carácter propio.

También, como prueba de la pérdida de valores, sea por la pérdida de su significado o por la inversión de éstos, lo que es aún más grave, ha de reconocerse que hoy día los conceptos “verdad”, “moral”, “autenticidad”, “rectitud de conciencia”, “abnegación”, etc., apenas cuentan, pues comprometen a quien los esgrime, le obligan, son incómodos; y lo que ha llegado a constituir práctica habitual de vida es eludir la responsabilidad, diluirla entre varios, culpar a la sociedad; y cuando la culpa es de todos, no es de nadie. Pocas veces se oye a los responsables directos asumir su error o su culpa, ni siquiera para afrontar unos hechos que son de su exclusiva competencia; antes bien recurren a expresiones condicionales tales como “yo diría”, “habría que, etc.”, con lo que el afectado queda en la desorientación y en la duda de si aquello pudo evitarse o fueron las circunstancias, el azar o la conjunción de casualidades inevitables que habrá de aceptar resignado e impotente, pero también con un grave quebranto en su concepto de la justicia y la protección que cree corresponderle por derecho.

A nadie sorprende ya que cuando un enfermo menos grave pierde su vida en el quirófano se oiga decir a los responsables del centro hospitalario que todas las actuaciones fueron correctas, el personal competente, los medios adecuados y revisados, la técnica idónea y el diagnóstico acertado. Como a nadie, creo yo, se ha oído pedir responsabilidades por

la pérdida de 250.000 vidas humanas en el conflicto de Bosnia-Herzegovina entre los años 91 y 95, período de tiempo en que gran cantidad de políticos, gobernantes, instituciones y organismos se consideraron competentes en la crisis y proclamaron sus inútiles medidas para poner fin al exterminio. Pero no parece que hayan quedado conciencias atormentadas, por lo que es lógico concluir que los principios que inspiraban esas conciencias y esas instituciones no existían o estaban equivocados.

Pero ni siquiera puede uno estar ya seguro de que el deterioro de principios y valores en las conciencias sea la simple respuesta que despache estas consideraciones. Con todo lo grave que supone el convencimiento de que los dirigentes de Europa han experimentado una pérdida de orientación tal que les resulta difícil, si no imposible, distinguir entre lo bueno y lo malo, según los dictados de la ley natural, aún es más decepcionante la presunción de que están satisfechos de sus actuaciones, por lo que no cabe esperar de ellos una conducta diferente.

Y es que los Gobiernos tienen cada vez menor margen de libre actuación en el ejercicio de sus políticas por causa y razón de tantos compromisos contraídos, por temor al permanente juicio crítico a que se ven sometidos, por la existencia de partidos en una oposición que se proclama constructiva pero que en su afán de poder utilizará una especie de "tercer grado" permanente, por el peso de la opinión pública y el acoso de la opinión publicada, por la necesidad de superar día a día el examen del cumplimiento de sus programas de paz y bienestar... etc... etc. Y en ese panorama se diluye el criterio propio y se olvidan las primeras intenciones declaradas. Todo se consulta en pura transacción y, cuando se trata de decisiones internacionales, como es el caso mencionado de los conflictos en los Balcanes, las naciones europeas se consultan y acuerdan invariablemente la pasividad. Esto es así porque esas naciones harán todo lo que esté en sus posibilidades por evitar sugerir una intervención militar. No propondrán nunca la opción violenta, aunque con ello pudiese evitarse un mal mucho mayor. No está en sus cálculos el envío de sus ciudadanos a la guerra. Son "hacedores de la paz", con toda la carga de responsabilidad y de exterminio que tal actitud pueda conllevar. Es uno de los síntomas de la paz prolongada. Pero quede claro que es una actitud falsa, porque luego se sumarán a la decisión de intervenir que otros tomen, en este caso los norteamericanos. Es más, saben que esa era la única solución, llegados a situaciones extremas; pero, una vez más, son capaces de "perder el honor por evitar la guerra". Luego se adornarán con la noble y sufrida actuación de sus fuerzas.

Nadie caiga aquí en la fácil tentación de señalarme como belicista. Repase antes la historia reciente de Europa y su actitud pasiva o indiferente ante las varias crisis emergentes y conflictos que, en su interior o en relativa proximidad, han amenazado la estabilidad de Europa. Y al citar la proximidad al Continente estoy refiriéndome a su declarada intención de contar con una política exterior y de seguridad común (PESC). Le saltarán a la memoria Palestina, Líbano, la invasión de Kuwait con amenaza a nuestras fuentes de energía, el problema kurdo, Bosnia-Herzegovina, Somalia, Albania, Argelia, Macedonia, Kosovo, ...; en todos ellos ha habido ausencia, inhibición, ineficacia, sólo palabras, hasta que otros decidieron actuar. Considere luego que aquí se trata de la seguridad y de la paz, y que la opción militar no es ajena a ese empeño. Recuerde luego que el artículo 42 de la Carta de las Naciones Unidas (NU), máximo organismo mundial de seguridad colectiva, prevé, para el caso de haber sido ineficaces otras medidas previas e incruentas, la posibilidad de “ejercer, por medio de fuerzas aéreas, navales o terrestres, la acción que sea necesaria”. He de aportar aquí mi experiencia como observador en 12 asambleas de la UEO, brazo armado de la UE, transcurridas siempre en simultaneidad con un conflicto sangriento en Europa, en las que invariablemente se han sucedido las lamentaciones por las flagrantes violaciones de los Derechos Humanos (DH), las palabras de condena, las conclusiones sobre la necesaria intervención, la autocensura por no haberlo hecho y las acusaciones a terceros por su falta de voluntad o por no haber proporcionado los medios ..., para luego volver a la pasividad.

Pero el empleo de la fuerza ha de considerarse siempre como el recurso final y nunca deseado. En esa mentalidad y en ese ambiente reinante en las naciones europeas occidentales habría que convencer a sus hombres y a sus dirigentes de que la disyuntiva sobre el empleo de la fuerza no llegaría tan fácilmente si el pensamiento y la conducta fuesen inspirados por la generosidad, el altruismo, la fraternidad y el esfuerzo por la igualdad; conceptos que no son nuevos, que durante siglos fueron señas de identidad de la Cristiandad (Europa) y que en 1789 proclamaba la Revolución Francesa para entrar en esta nueva Era. Y llevarlos al convencimiento de que lo que ahora cedan de su bienestar y disfrute material se transformará en paz y más bienestar.

La desorientación en la política, o el errado enfoque, son síntomas de que el hombre padece una crisis en sus creencias. Al citar al hombre me refiero a todo hombre, pero en especial al que tiene la grave responsabilidad de dirigir y orientar, y al que ha de establecer principios y valores en el TUE.

Decía Ortega que “en esta crisis y pérdida de orientación, lo que procede es tratar de restaurar la autenticidad rehaciendo sus bases mismas, esto es, volviendo a empezar de nuevo la aclaración de los temas fundamentales, el repertorio básico de ideas” (J. Ortega. “*Sobre la razón histórica*”). Y ese “empezar de nuevo” ha de referirse también a la educación primera, a la formación integral de la infancia, que difícilmente recibe hoy otra enseñanza que no sea la técnica, muy poca o ninguna moral y cuyos modelos sociales están en su mayoría carentes de valores o se orientan sólo a la acumulación y disfrute de los bienes materiales.

Hoy día es recurso habitual el nombramiento de comisiones de estudio. Creo sinceramente que sería de inmenso beneficio el nombramiento de un grupo suficiente de distinguidos intelectuales y pensadores de reconocido prestigio, cuidadosamente seleccionados —pienso en aquellos primeros “padres de Europa” de los años 50— con la misión de estudiar y definir los principios morales, fundamentos y valores sobre los que construir la Europa del futuro, recogiendo de nuestro pasado cuanto es identidad europea y procede conservar, incorporando sus conclusiones al Tratado de la Unión (TUE) y revisando bajo su luz y con su espíritu todos los apartados, capítulos, normas y disposiciones que actualmente regulan la vida de esta gran sociedad, desalentada en sus aspiraciones al iniciar un nuevo milenio por carecer de *un proyecto suficientemente atractivo de vida en común* por el que valga la pena luchar.

### **La ineficacia de las Naciones Unidas.**

Ya José Antonio Jáudenes trata en amplitud este organismo (Capítulo IV), máximo responsable de la seguridad colectiva, que se establece a la terminación de la Segunda Guerra Mundial (IIGM), y por tanto recoge en su articulado las circunstancias del momento, de lo que han transcurrido 54 años, tratando también de no repetir los errores de la Sociedad de Naciones surgida a la finalización de la IGM. La Carta de San Francisco sienta los pilares de la seguridad colectiva, principalmente en la prohibición del uso de la fuerza, en el arreglo pacífico de las controversias, y en el principio de soberanía o no intervención en los asuntos internos de las naciones; establece sanciones a los transgresores y constituye un Consejo de Seguridad (CS) al que da la competencia en exclusiva de determinar si una cuestión afecta a no a la seguridad mundial, requisito indispensable para la adopción de medidas correctoras que ha de establecer el propio CS.

La firma de la carta de San Francisco se produce en 1945, momento en el que sólo hay en el mundo 56 naciones, razón que hace aún más comprensible la capacidad decisoria de las cinco vencedoras de la II GM, que se constituyen en “miembros permanentes” del CS, únicos con derecho a vetar y detener cualquier iniciativa de carácter mundial que tenga relación con la seguridad. Las razones para esta inmensa asignación de poder son explicables entonces, pero los inconvenientes surgen pronto, cuando se divide el mundo en dos grandes bloques presididos por las dos superpotencias, EEUU y URSS.

Han transcurrido muchos años, el mundo se ha transformado de forma entonces difícil de imaginar; terminaron prácticamente las colonias, protectorados y fideicomisos; la producción y comercio mundial de armas ha llevado a la población del globo, y en especial a la de terceros países, a una situación de inseguridad permanente, al no estar ya controlados esos países por ninguna de las dos potencias directoras. El número de naciones alcanza hoy la cifra de 186, lo que convierte a la Organización en ingobernable si se quiere respetar el sistema democrático de derecho a consulta y voto de cada una de ellas, salvo que se pretenda ignorar el valor de la Asamblea, potenciando aún más la capacidad de decisión y veto de “los cinco grandes”, lo que conduce igualmente a la inoperancia y a la ingobernabilidad por bloqueo de toda decisión llevada al Consejo (antecedentes en la Resolución “Manos Unidas” de 1956 y recientemente en la intervención de la NATO en Kosovo). La riqueza de los países avanzados se ha multiplicado por cifras astronómicas mientras el tercer mundo se ha sumido en umbrales de miseria donde la mortandad, la hambruna y las enfermedades exterminadoras son ya constantes. La violación de los Derechos Humanos (DH) de forma masiva y sistemática en el ámbito interno de las naciones ha proliferado de modo alarmante, sin que exista el derecho claro a intervenir por razón de los propios principios de la Carta fundacional, en contraposición con lo que da a entender la Declaración Universal de los DH. El número de intervenciones en operaciones de paz ha alcanzado cifras que no permiten su adecuada atención, y la ONU no dispone de fondos suficientes, mientras hay naciones que no pagan sus cuotas (EEUU debe más de un millón de dólares en el momento en que esto se escribe, aunque dice va a pagar a finales del presente año 99, al parecer, para no perder el derecho a voto en la Asamblea General). La Organización se ha llenado de comités, muchos de ellos ineficaces y sin que se disponga de capacidad para prestarles atención; el aparato administrativo ha crecido hasta convertirse en un monstruo burocrático de difícil control.

Las citadas razones, y otras muchas, han hecho disminuir el prestigio de la Organización, con riesgo de ser ignorada en asuntos de su competencia y de que las Naciones adopten por sí mismas, o en conjunción con otras, iniciativas unilaterales en materia de seguridad que puedan dar lugar a respuestas de sus antagonistas que pongan en grave riesgo la paz mundial. Recientemente (marzo de 1999) hemos vivido con expectación —y en algunos gabinetes políticos y centros de seguimiento, con tensión y cierta angustia— la decisión de la NATO de intervenir en fuerza en el intento de genocidio de Kosovo al margen del CS de las NU, al serle evidente que tal decisión sería vetada por Rusia y China, prolongando así el sufrimiento y el exterminio de más de un millón de personas. Afortunadamente, esa actitud, que ha orillado la legalidad vigente —*lex dura, sed lex*—, en contra del criterio de dos grandes potencias, no ha tenido, en apariencia, hasta ahora (diciembre de 1999), consecuencias graves, aunque se vivieron momentos críticos con motivo del error cometido al atacar con misiles la Embajada China en Belgrado. Pero no parecería prudente repetir la experiencia de iniciar ataques ignorando al CS, basados en que, por esta vez, no ha habido que lamentar reacciones o respuestas de amenaza.

Se ha sentado un precedente, pero no debe ser interpretado como autorización tácita para la libre actuación de las naciones en cuestiones graves de seguridad. Tal criterio supondría la muerte de las NU y una amenaza inmediata a la paz mundial. Antes bien, este caso debiera servir de base para abordar el estudio y establecimiento de un nuevo orden de seguridad en el que quedasen corregidos todos los fallos que actualmente aquejan a la ONU y, muy particularmente, la composición y capacidades del Consejo de Seguridad, que entiendo debe incrementar el número de miembros permanentes y adoptar sus decisiones por una amplia mayoría a determinar.

También, modificar el actual *modus operandi* de este foro, atenuando la competencia asignada en exclusiva al CS para determinar si un asunto afecta o no a la paz mundial. En su momento pudo encontrarse lógico y aceptable, pero no debieran llevarse ya a esa decisión final cuestiones de extrema gravedad que pudieran estar plena y claramente comprendidas en las cláusulas y artículos de esa nueva organización de seguridad. Para ello, habría que dotarla de medios de previsión y control permanentes de suficiente garantía donde estén fijados indicadores de alarma en todos los aspectos del comportamiento de las naciones (políticos, económicos, comerciales, militares, ecológicos, sociales, etc.) que puedan derivar a

situaciones de crisis, de modo tal que estas puedan ser detectadas y tratadas antes de que alcancen niveles peligrosos.

Finalmente, sugerir que la ONU se oriente más a la condición de foro de conciliación internacional.

### **Pasividad de la UE y de la OSCE**

Algo se ha dicho ya anteriormente, en el apartado de la “pérdida de valores”, sobre esta actitud evasiva de los dirigentes europeos —y de las instituciones que ellos gobiernan— ante la responsabilidad, eludiendo tomar decisiones comprometidas, aunque sean ajustadas a una recta conciencia. Me refiero, en este caso, a quien aún conserva una capacidad de juicio ajustada a la ética y conoce, por tanto, lo que sería una recta decisión, pero prefiere no poner en riesgo su condición, su bienestar, enfrentarse a la crítica. No sorprenderá que luego se incorpore con entusiasmo a esa decisión comprometida si es otro el que la adopta, pues ya ha quedado, en cierto modo, exento de responsabilidad.

Es esto lo que vemos está sucediendo en Europa ante casos que reclaman protección; y también sabemos que quien decide es Norteamérica, pues Europa padece una lamentable carencia tanto de líderes como de ideas, otra de las razones de esta pasividad. Esa falta de liderazgo es la consecuencia de muchos años de situación de “guerra fría” en los que EEUU retenía todo el poder de decisión en cuestiones importantes. Ante la grave amenaza de rotura del angustioso equilibrio nuclear sólo funcionaba la disuasión del arsenal norteamericano; todo le era consultado, y los dirigentes europeos se formaron en el asentimiento al líder de la NATO, pudiendo dedicarse en plenitud al crecimiento interior, lo que ha conformado este *modus vivendi*. Los escasos intentos de autonomía política resultaron inútiles, cuando no perjudiciales y hasta peligrosos (Suez, Francia-Reino Unido, 1956. Francia-NATO, De Gaulle, 1966). También, los celos de protagonismo entre dirigentes europeos han sofocado posibles intenciones de liderazgo. Norteamérica es criticada por su omnipresencia, pero “contra América se vive mejor”.

Este adormecimiento y esta indiferencia ante cuestiones que requieren atención y ayuda sin contrapartida material se encuentra igualmente instalada en la sociedad, pues poco o nada se hace para despertar intenciones altruistas y generosas, salvo en el caso de grandes catástrofes. La opinión pública, los medios de comunicación, la educación, estimulan preferentemente el consumo, el disfrute material, la acumulación de bie-

nes y el prestigio social identificado con los signos externos de la riqueza. Hablo del egoísmo, que lleva a la pasividad ante las necesidades ajenas, que incrementa las diferencias, que alimenta el odio en los menos favorecidos, que puede llevar a la violencia.

Digo, entonces, que esa pasividad dolosa instalada en nuestros dirigentes y en nuestra sociedad puede conducir a la violencia, como ha ocurrido, de forma trágica, por dos veces en esta última década, en la antigua Yugoslavia. Llevábamos muchos años de paz en Europa, una paz impuesta por el llamado “equilibrio del terror”, pero que ha permitido un enorme desarrollo y bienestar, con todos los inconvenientes que también conllevaba, en especial para Rusia, como consecuencia de ese período de Guerra Fría, entre otras razones. Las violencias que se iniciaron en Bosnia-Herzegovina en los primeros años 90 cogieron por sorpresa a la inmensa mayoría de la población, que se negaba a aceptar la verdad; y pocos años después se repetía en Kosovo. Aquello alteraba y rompía los buenos modos de Europa y se pretendía solucionarlo también “con buenos modos”. Por otro lado, era un dolor “lejano”, en la misma Europa, sí, pero en una Europa que no contaba. Decía Ernst Jünger que “la naturaleza humana está hecha de tal manera que para llevar a cabo las cosas necesarias no le basta con la inteligencia; lo que proporciona enseñanza es ante todo el dolor”, y aquel sufrimiento no era sentido como propio. Se trataba de “otros”, de los que nadie duda que tienen DH, pero tampoco nadie está dispuesto a concedérselos.

Sí, hubo pasividad, durante demasiado tiempo, mientras el exterminio continuaba y las voces de “basta” iban en aumento, como las reuniones de los líderes políticos. Tampoco allí había “intereses” en juego que justificasen una intervención merecedora de aplauso. En otras épocas de Europa, antes de la Edad Moderna, acudir en ayuda de los oprimidos y necesitados hubiera sido lo digno, lo caballeroso, un timbre de honor. Nunca ha contado Europa con más instituciones y organismos de seguridad que proclaman el respeto a los derechos humanos ni con más agrupaciones de fuerzas y mejor dotadas. Sin embargo, se pensó que lo más adecuado y menos comprometido era esperar y ver. Luego hubo que reconocer —aunque a nadie se le pidieron responsabilidades— que la pasividad de Europa, en esos dos casos y en el de Albania, fue vergonzosa y causó una inmensa pérdida de vidas humanas. He oído y he leído este reconocimiento de culpa en muchos foros y en muchas publicaciones, aunque, a juzgar por sus nulas consecuencias, pienso que tan sólo se trataba de un alivio de las conciencias de los que se autoinculpaban, con cierta dosis de hipocresía.



Estos graves conflictos de Bosnia y Kosovo vienen ocupando las páginas de la prensa diaria desde hace varios años, pero hay un cálculo que aún no he leído: lo que hubiera sido de bosnios y kosovares si el mundo occidental hubiera dejado manos libres a los dirigentes yugoslavos. Mientras pudieron, el odio sanguinario y el genocidio llenaron fosas de cuerpos humanos, que aún siguen apareciendo.

Se trata de reflexionar sobre un nuevo orden de seguridad en Europa. Estoy conforme con Gonzalo de Salazar cuando, en su estudio sobre "los actores políticos" (Capítulo I de este Cuaderno), dice que "resulta imprescindible el desarrollo de la PESC más allá de la política declaratoria actual, identificando con claridad los intereses de seguridad comunes para poner en marcha una política de prevención de conflictos que sea capaz de evitar la gestación de crisis graves en el continente europeo". Pienso que el recientemente nombrado Mr PESC tiene por delante una obra de titanes. Lleva el respaldo de la poderosa UE, que a todos interesa, lo que probablemente le abrirá todas las puertas. Su objetivo ha de ser la paz en Europa y mal hará si sólo dedica su empeño a armar ejércitos, crear industrias de defensa y acumular material de guerra para que Europa tenga así una identidad propia en materia de seguridad. Es necesario, ciertamente, dotar a Europa de fuerzas propias y capaces, pero eso ha de quedar como elemento de disuasión y recurso final. También será necesario prever fuertes sanciones para los infractores del orden, los opresores del débil, los violadores de la dignidad humana; sanciones a las que todos se comprometan, aunque sea a costa de la renuncia a bienes y beneficios, bajo pena de expulsión de los organismos internacionales. Pero esos, digo, serán los recursos finales. Antes habrá que construir un orden basado en principios y valores "que tengan dignidad y rango humanos", en el que todos encuentren protección.

Adelante, pues, con las Fuerzas Armadas, pero la identidad de Europa no puede consistir solamente en una poderosa máquina militar, porque el poder auténtico se reconoce en la protección que dispensa.

Difícil tarea, pues, la de Mr PESC y la del Consejo Europeo para lograr que todos acepten unos principios y fundamentos orientados a la unidad de Europa. Los procesos de integración que nos muestra la Historia siempre se han producido por la existencia de un enemigo y una gran amenaza, fuese la de los bárbaros, del Islam, del nazismo o del peligro soviético. Por primera vez habrá que intentarlo sin la existencia de un enemigo claro y declarado.

## Conflictos interétnicos

Hay 6.000 etnias reconocidas por las NU, naturalmente según unos rasgos diferenciales debidamente considerados. No es imaginable el gobierno de un mundo con 6.000 naciones. Dice Gonzalo de Salazar “la UE debería rechazar de forma inequívoca, en su marco constitucional, la concepción étnica del Estado”. En su lugar, el concepto de ciudadanía.

En algunos casos, en Europa, no es fácil llevarlo a la práctica cuando muchos de los problemas étnicos proceden de decisiones políticas a las que faltó la reflexión o les sobró afán de castigo o venganza. Me refiero a Versalles, a Clemenceau, con una división territorial que llevaba dentro el germen de la disensión (1919). Algún día habrá que superar esas discordias latentes pues su consideración no puede tener materialización práctica, so pena de atomizar Europa. Válido también para otras reclamaciones de carácter étnico, muchas veces con escaso o menor fundamento, que, de ser aceptadas, solo lograrían enquistar un germen de discordia más grave que el que ahora muestran.

Pero se deben reconocer y aceptar esas diferencias y esas minorías, el libre ejercicio de sus particularidades culturales, con tal que no promuevan el odio o la exclusión del conjunto de la sociedad o nación en que se encuentran. La discriminación negativa y la persecución de esas diferencias lleva al surgimiento del nacionalismo, como recurso de cohesión, expresión de protesta y defensa de la dignidad de ese grupo acosado. Se instalan las ideas y las doctrinas con carácter de “guerra santa” y “quien cree luchar por ideas y por puras doctrinas es más despiadado que quien únicamente protege las fronteras de su patria” (Ernst Jünger, “La Paz”), como ocurrió en la IIGM con las ideas puristas de la raza aria, y recientemente en Kosovo.

El odio es uno de los martillos que rompen la paz. Si esa rotura no se produce antes es por la opresión que ejerce el más fuerte, pero esa semilla ciertamente crecerá; a la vista o soterradamente, pero crecerá, y los analistas de seguridad pondrán ahí su dedo para señalar un conflicto latente.

Para que un acuerdo de paz sea justo y duradero ha de estar basado en derechos y deberes iguales, y precedido por la contención de las pasiones.

El reconocimiento de las diferencias culturales no puede significar la independencia, al igual que en una familia unida por la sangre y por razo-

nes superiores se respetan las distintas personalidades de sus miembros y es posible la convivencia. La vida no puede estar completamente sometida a disciplina ni se ha de abandonar todo a la libre voluntad. No se puede esgrimir para todo “el Estado autoritario” ni llevar al extremo la concepción liberal. Donde proceda la organización técnica de las personas y las cosas para el bien común no deben existir fronteras; donde existan diversidades culturales procede la libertad. Una cosa es la autonomía cultural y otra la autonomía política.

El TUE deberá diferenciar muy cuidadosamente lo que pertenece a la cultura y lo que pertenece a la civilización, sin permitir que existan países en los que impere el miedo y en los que habiten personas entregadas injusta e ilegalmente a intromisiones en las vidas, en los bienes y en las libertades fundamentales. Y cuando se produzcan tales hechos —me refiero a las atrocidades de los sucesos en la ex-Yugoslavia— ha de restablecerse el derecho y, más aún, el sentido del derecho con el juicio de los culpables, pues el ser humano lleva innato el sentido de la autoridad y la justicia, que se vivifican y calman cuando comprueba que la injusticia es perseguida y los crímenes expiados. Será imprescindible que los tribunales que se prevean sean completamente independientes, para que sus sentencias no estén guiadas por la parcialidad.

### **La continuidad en la ampliación de la NATO**

Presentada aquí como un riesgo para la seguridad de Europa, requiere una precisión inicial que sitúe esa opinión en sus exactos términos. En primer lugar, solamente quien confunda la seguridad con la defensa puede aquí llamarse a escándalo y estamos tratando de un orden de seguridad. Y en segundo lugar, no se refiere ese riesgo a la ampliación ya efectuada, que ha supuesto un claro afianzamiento de la seguridad en el centro de Europa, al rellenar de forma rápida y contundente un vacío preocupante, abierto como consecuencia de la retirada del poder político y militar del Pacto de Varsovia sobre diez naciones sojuzgadas que pasaron a estrenar libertad en muy precarias condiciones.

Queda, pues, aclarado, que sólo es aplicable esa consideración de riesgo al supuesto de una continuidad en la extensión de la NATO, sin límite anunciado, como parece dar a entender su “open door policy”.

Un orden de seguridad está basado en la renuncia de sus miembros a la violencia; en su compromiso de resolver los conflictos por medios pacíficos o de ser llevados a una instancia superior reconocida, única con

potestad para dirimir la cuestión e imponer sanciones; aspira a ser permanente y a incluir en su ámbito el mayor número posible de naciones, que naturalmente han renunciado al uso de la fuerza. Esa es la ONU y también la OSCE, esta segunda con un mayor compromiso de cooperación.

A diferencia, una organización de defensa colectiva —llamada “alianza” a lo largo de la historia— surge ante la existencia de una amenaza concreta y grave que, por su entidad, obliga a la coalición de fuerzas para la defensa. Es la opción militar y su compromiso —en plena oposición a lo que se pretende en un orden de seguridad— es precisamente el empleo de las armas en mayor cantidad y contundencia de lo que se supone en el otro bando. Una alianza no aspirará a constituirse con el mayor número posible de naciones, sino con el menor que le garantice la superioridad y permita así la adecuada conducción de la guerra que se avecina. En realidad, sólo los amenazados en su integridad o principios serán los integrantes de esa organización de defensa y no existirá el menor interés en implicar a terceros. Finalmente, las alianzas suelen desaparecer al cesar la amenaza.

Realmente ambas organizaciones son necesarias: la de defensa, por si falla la seguridad; y ésta, para evitar la guerra.

Qué duda cabe, una poderosa defensa proporciona disuasión y seguridad, pero por lo general la gente corriente recurre a simples sistemas de seguridad para proteger su vida o sus bienes, sean puertas de seguridad, cajas de seguridad, cinturones o cristales de seguridad, en lugar de rodearse de hombres armados, lo que supondría una amenaza, además de un coste insoportable. En realidad, todas las naciones implicadas en la pasada “Guerra Fría” han reducido sus ejércitos y arsenales al desaparecer la amenaza unidireccional del Pacto de Varsovia.

Ahora, cuando se reflexiona sobre un nuevo orden de seguridad, habrá de convenirse que éste estará tanto más logrado cuanto menos sea necesario el recurso a los componentes militares para el mantenimiento de la paz. No parece, por tanto, que la ampliación de la Alianza vaya, en esencia, en la dirección acertada.

El proceso experimentado en Europa con el derrumbamiento del bloque soviético está lejos de parecerse a la era de paz que cabía imaginar. Tan sólo unos meses después de aquella explosión de júbilo en el muro de Berlín se producía la invasión de Kuwait y la consiguiente amenaza de

corte del suministro de energía a Europa, una Europa desconcertada que no perdió esa primera oportunidad de actuación libre y competente para optar por la pasividad y la retórica de las condenas. De nuevo, por cuarta vez en el siglo, los ejércitos norteamericanos vinieron a solucionar nuestros problemas. Ya lo hicieron en 1917, con motivo de la IGM; luego, al estallar la segunda Guerra; después, durante la Guerra Fría, al contener al Pacto de Varsovia hasta lograr su desmembración. Después de la Guerra del Golfo hay que reconocerles la firma de los Acuerdos de Dayton, que pusieron coto a 4 años de exterminio en Bosnia. Y por último, y por sexta vez, ya en los finales del siglo, el cese del otro exterminio de Kosovo.

Mientras tanto, se han ido sucediendo los conflictos de forma ininterumpida en todo el ámbito de competencia de esta vieja, confortable y paralizada Europa.

La NATO se ha transformado y adaptado a los nuevos tiempos, ha reformado sus estructuras de mando y de fuerzas en consonancia con el nuevo panorama de conflictos, ha asumido mayores competencias en el campo de la seguridad, ha creado organismos de ayuda, orientación y acogida al mundo democrático para las naciones liberadas del bloque soviético (PfP, NACC/CAEA) de extraordinario valor y acierto, que han sido inmediatamente aceptados, despejando toda duda sobre su integración en los sistemas occidentales; ha establecido relaciones y acuerdos leales con la nueva Rusia; ha declarado su disposición a poner parte de sus efectivos militares bajo los dirigentes europeos en misiones que solo sean de la responsabilidad de estos, etc.

Nada aconseja, a mi parecer, su desaparición o tan sólo limitación en las actuales circunstancias. Europa ha demostrado sobradamente su incompetencia para resolver los propios conflictos, que no cesan, y cabe pensar que se encuentra cómoda con el refuerzo del “vínculo transatlántico”. Quizá, si el panorama se apaciguase, o se decidiese (Europa) a tomar las riendas de su responsabilidad, o ambas cosas al tiempo, podría pensarse en que asumiese una mayor responsabilidad de gobierno.

No estoy, entonces, poniendo en cuestión la existencia de la NATO en su actual configuración y cometidos, pero sí digo que su *ampliación sucesiva y continuada* como alianza militar, a todos los países de la anterior órbita soviética podría suponer un riesgo de desestabilización de Europa. La decisión fue tomada con la anuencia de Europa, que no con su aplauso, y con una interminable manifestación de criterios contrarios a tal medida. Muchos precedentes de prestigiosos analistas de seguridad y

políticos de libre pensamiento, pues tal decisión presentaba muchas aristas, contrapartidas y dudas, y algunos habrían apoyado la abstención prudente. Desde luego, lo habría hecho Europa, que tiene 14 naciones en la Alianza y opta siempre por la pasividad y por la norma de “esperar y ver”.

Los iniciales temores pasaron y la decisión ha sido finalmente asimilada en Occidente y aceptada por Rusia y naciones satélites. No es necesario referir las circunstancias de debilidad general en que entonces —y hoy aún— se encontraba Rusia; son de sobra conocidas; como a nadie se oculta la inmensa ayuda que ha habido que entregar en compensación y la que aún esperan. Ha sido aceptada, sí, pero no asimilada. Por desgracia, los problemas de Rusia no desaparecen y frecuentemente nos llegan noticias nada esperanzadoras de su situación interna.

Situación de enorme dificultad y complicación que está destruyendo muchas esperanzas puestas en el acercamiento a Occidente. Las cosas no salen como se dijo, como se pudo imaginar. Nueve años de dificultades, de deterioro y de ilusiones desaparecidas son demasiados para seguir confiando en la resignación y en la dureza del pueblo ruso, aunque éstas sean proverbiales. El descontento y el desengaño son malos consejeros, pero son buenas palancas en manos de la oposición al régimen actual, en las de los políticos nacionalistas; que cuentan con un inmenso respaldo en gentes que añoran un pasado en el que vivían mejor y, sobre todo, tenían algo en qué creer. Ahora se sienten engañados.

Yeltsin cuenta aún con apoyo en el exterior, que se va debilitando con su prestigio. Interiormente se encuentra cada vez más aislado. Si no ha caído ya es porque Rusia es un pueblo eslavo y los conceptos de autoridad y de libertad son distintos en oriente que en occidente. En la Europa democrática ya hace tiempo que habría desaparecido. Entre el respeto a la figura del poderoso y el miedo a ese poder, sigue aún manteniéndose, aunque de forma cada vez más precaria (1).

La primera ampliación ha sido muy medida y cautelosa, pero se han dado esperanzas a muchas otras naciones a las que Rusia, el propio Yeltsin, ha puesto el veto, creando excesiva tensión en el pulso entre el Este y el Oeste. La primera oportunidad de nueva ampliación (julio 1999) ha sido afortunadamente salvada. Si no va a haber más, habrá que convencer a los aspirantes de que ya no es procedente, lo que requerirá buenas

---

(1) El Presidente Yeltsin dimitió de su cargo a finales de diciembre de 1999.

dosis de persuasión; y habrá también que hacer esa promesa a Rusia, antes de que la idea pueda enquistarse en la mente de muchos comunistas irreductibles. Si, por el contrario, se va adelante con nuevos acercamientos a Rusia, la crisis estará servida.

El futuro, como se dijo de la propia Rusia, es “una incógnita, dentro de un enigma, rodeado de misterio”.

Quizá Mr PESC tenga aquí su prueba de fuego —ciertamente paradójica en este caso— para hacer desistir a Norteamérica de su empeño, con el respaldo de Europa. Los casos asombrosos de habilidad y astucia política han sido frecuentes a lo largo de la historia. Es el arte de hacer posible lo necesario.

### **La supervivencia de la UEO**

La consideración de que la supervivencia de la UEO —organización europea de defensa colectiva— podría afectar negativamente a la deseada seguridad y estabilidad del Continente es de esperar que cause extrañeza.

No se trata de un golpe de incienso al pacifismo, al que soy no sólo ajeno sino abiertamente contrario cuando predica el desarme mundial como paradigma de la paz. Por el contrario, mi convencimiento de que la continuidad de la UEO produce más perjuicios que ventajas a un sistema actual de seguridad europeo se debe a la constatación de su ineficacia y a las consecuencias negativas que se derivan de su existencia inerte.

Añadiré que encuentro justificada la idea de su creación en las difíciles circunstancias del año 1947 (Tratado de Dunkerke), así como su concepción en 1948 (Tratado de Bruselas), y explicable su confirmación posterior en París en 1954 (Tratado de Bruselas Modificado). Y no me lleva a su descalificación el prolongado letargo de 30 años que se inicia ese mismo año 54, pues sus funciones como institución de defensa fueron transferidas muy acertadamente a la NATO.

Como es sabido, en 1984, en una primera reunión del Consejo de la UEO en París, y meses después con la “Declaración de Roma”, se decide reactivar la organización con el fin de dotar a Europa de un “brazo armado” que le proporcione una autónoma capacidad de defensa, en momentos en que se ha iniciado en territorio europeo el despliegue norteamericano de misiles nucleares de alcance intermedio (INF).

A partir de ese momento la actividad burocrática y administrativa de la UEO ha sido creciente, y durante los 15 años transcurridos ha celebrado centenares de reuniones de todo tipo, ha producido toneladas de papel en declaraciones e informes y ha consumido muchos millones, buena parte de los presupuestos estatales de sus miembros de pleno derecho. Sin embargo, su eficacia ha sido prácticamente nula, en un período en que los conflictos armados que afectaban a Europa se han sucedido de forma continua.

Los partidarios de la Organización y los que le han dedicado su actividad profesional —no digamos los que han vivido de la UEO— pueden encontrar injusta esta descalificación al recordar sus actuaciones operativas en estos 15 años de reactividad. Pero habrán de reconocer que han sido muy pocas y de resultados comparativamente pobres en relación con su calificativo de “brazo armado de Europa” y con las expectativas despertadas como organización defensiva puramente europea. Apenas se reducen a las actuaciones de unos cazaminas en el Golfo Pérsico, a finales de los 80, cuando terminaba la guerra Iran-Irak; al envío de unos policías civiles a Mostar; a otros guardias de fronteras para vigilancia fluvial durante el bloqueo de la RF Yugoslavia; y a la actuación de algunas unidades navales en control del tráfico marítimo en el Adriático durante la Guerra de Bosnia. En los dos casos más significativos, o de mayor entidad, las operaciones navales, deberá admitirse que aquellas unidades actuaron en todo momento siguiendo procedimientos de la NATO y con códigos tácticos y comunicaciones NATO. La única diferencia consistió en que llevaban izada la bandera de la UEO. En todos los demás sucesos de Bosnia, Albania y Kosovo la UEO decidió no intervenir.

Pero no es solamente esta falta de eficacia en sus específicas competencias lo que, a mi entender, aconseja su desaparición; ni tampoco el considerable gasto que requiere su mantenimiento para tan escasa rentabilidad. Se trata del perjuicio que supone para la UE la falsa creencia de que cuenta con una organización defensiva. De la UEO se viene esperando largamente que algún día sea capaz de cumplir eficazmente sus cometidos, definidos en la Declaración de Petesberg, y de respaldar en fuerza la política de defensa de la Unión. Mientras ese día llega, se van sucediendo los casos en que Europa, la Unión Europea, hubiera precisado del respaldo de unas fuerzas armadas suficientes, bien adiestradas y equipadas, capaces y creíbles y, sobre todo, bien estructuradas y con claras misiones, para hacer valer su voz, su postura y su prestigio, en representación de 15 naciones de primer rango en las mesas de negociaciones,



ante la ONU y ante su Consejo de Seguridad. Como hubiera sido mucho más sólida la postura del representante de la UE ante los dirigentes de los países causantes de los conflictos que afectan a los intereses, la paz y la seguridad europeas. El poder de convicción de una nación, o de una coalición de naciones, aumenta en razón directa a la fortaleza de sus ejércitos.

Mientras exista la UEO, a nadie en el Consejo Europeo parece ocurrírsele otra idea que intentar potenciarla. Pero han transcurrido 15 años desde que se tomó la determinación de sacarla de su letargo y convertirla en un poderoso y capaz instrumento militar, sin éxito aparente. A ningún Ministro en ejercicio, a ningún gobierno en democracia, y no digamos empresa privada, se le tendría en tanta consideración; pero como la UEO es la responsable en cuestiones de defensa y seguridad, todos siguen a la espera.

Bien es cierto que Europa sigue contando con la ayuda norteamericana y cree, por tanto, tener las espaldas guardadas. Pero, por un lado, resulta conveniente cuidar el prestigio y actuar con coherencia, y Europa no puede, hoy día, alegar necesidad que le impida contar con un respaldo armado para arreglar sus propios asuntos. Para algunas operaciones le faltarán medios técnicos, pero el rechazo a ayudar a Albania fue una vergüenza. Por la otra parte, se trata de lograr una Unión Europea con peso propio y capacidad de decisión en el concierto de las naciones.

Mientras exista la UEO no será fácil que la Unión Europea piense en otro tipo de respaldo armado a su disposición y, a la vista del tiempo transcurrido sin que se logre una operatividad suficiente, nada hace pensar que se vaya por el buen camino. Ese es el riesgo que se presenta ante Europa a la hora de intentar un nuevo orden de seguridad. Creo sinceramente que la figura del "perro del hortelano" tiene aquí atinada aplicación.

A la hora de exponer este fallo en la seguridad del Continente, parece que, al fin, la UEO va a desaparecer en su actual configuración, fusionándose en la UE. Se trata, en esencia, de que la Unión Europea tenga unas fuerzas armadas a su plena disposición, una defensa común en apoyo de su política exterior y de seguridad también comunes. Parece que finalmente se reconoce que no existía ese elemento fundamental de una institución política como la Unión Europea, y es de admitir también que tal carencia no producía excesiva inquietud en los dirigentes europeos. En realidad, esa medida se había propuesto en algunas ocasiones, pero bastaba la oposición británica a ceder soberanía a la UE en materia de defensa para que no se llevase adelante. Ha sido suficiente que el Primer

Ministro del Reino Unido (A. Blair, St Malo, finales de 1998) lo haya ahora considerado, en conversación con el Presidente de Francia (Chirac) —la nación que más ha defendido y pregonado las excelencias de la UEO— para que todos los restantes miembros y el propio Consejo Europeo lo acepten como necesario y acertado. Estas son muestras del frágil pensamiento político de la Unión Europea.

Abriguemos, pues, la esperanza de que esta decisión se lleve a término en los plazos señalados (primavera 2000) y que, por tanto, la continuidad de la UEO cesará y dejará, con ello, de significar un riesgo para el precedente sistema de seguridad europeo. Pero tal anuncio no me lleva a anular las consideraciones expuestas en este análisis de riesgos pues, en primer lugar, esa existencia inerte de la Unión Europea Occidental era uno de los factores de riesgo que justificaban, a mi entender, la necesidad de este estudio. Y, en segundo lugar, es una prueba más de la desorientación y falta de ideas de futuro de los dirigentes europeos en los últimos años —como se ha señalado en páginas anteriores— huérfanos también de un claro liderazgo y siempre dispuestos a aceptar cualquier iniciativa que incremente el número de organizaciones de seguridad y defensa, que es como plantar árboles sin saber que así se forma el bosque.

### **La inestabilidad de Rusia y Yugoslavia**

Cualquier tipo de inestabilidad y en cualquier parte de Europa en que se produzca constituye un factor de inseguridad con tal que suponga un conflicto potencial, es decir, si en su evolución pueden producirse violaciones sistemáticas, masivas y continuadas de la dignidad del hombre, desplazamientos importantes de población o implicación de otras naciones.

Pero no se trata de señalar aquí todo foco de inestabilidad presente, posible o probable; no es esa la intención de este análisis. A la hora de meditar sobre un sistema de seguridad de máxima garantía para el futuro de Europa está ya admitido que no existirá la perfección en ninguno, porque eso sería tanto como negar la condición humana o renunciar a la libertad. Si se citan aquí solamente *Rusia y Yugoslavia* es porque su situación de inestabilidad ha alcanzado proporciones graves, incluso dramáticas, que datan de muchos años atrás, y porque, esencialmente, Europa ha de considerar esas amenazas inmediatas en su proyecto de seguridad y en su futuro al menos por un largo período de años, quizá generaciones, pues a estas alturas no se vislumbra solución fácil, pese a las medidas adoptadas por esas naciones y a los intentos de la comunidad occiden-

tal, incluido el recurso a medidas de presión política, diplomática y económica (Rusia) y hasta a la fuerza (Yugoslavia).

En realidad, su existencia como focos de inestabilidad para el resto de Europa se remontan a tantos años atrás que no sería excesivo considerarlos como permanentes, pues no debe de quedar ya nadie en el mundo que pueda recordar haber vivido los días primeros de estas inacabables fuentes de problemas.

Considero al lector suficientemente impuesto en los recientes acontecimientos en ambas confederaciones y en su situación actual, evitando así su descripción detallada. El intento requeriría demasiado espacio para dar noción siquiera de cuanto ha sucedido y sus razones, orígenes, personajes, circunstancias políticas, étnicas, sociales, económicas, estratégicas, etc., que han venido siendo tema de obligado estudio y conocimiento durante generaciones y, más recientemente, noticia de cada día y motivo de un sinfín de análisis, artículos y espacios en todo medio de comunicación. No es éste el lugar idóneo ni el propósito de este apartado desarrollar, una vez más, la descripción de todo lo sucedido. Convenimos, pues, en la existencia real de esas situaciones de crisis y en la necesidad, por tanto, de su consideración aquí y ahora.

En ambos casos hay coincidencias significativas, pese a que se dan igualmente diferencias notables. Se trata ahora de naciones o conjuntos de naciones procedentes de prolongados regímenes comunistas con economías estatalizadas y mercados controlados que, pese al colapso de esos sistemas en Europa hace ya unos diez años, no han asimilado el estilo y formas de Occidente por incapacidad, desacierto o rechazo.

También se da en ambos pueblos la condición de su origen eslavo, lo que complica enormemente el intento de asimilación y comprensión mutua. Para ellos, el sentido de justicia y el de autoridad son muy distintos a los que presiden en el resto de Europa y en todo el mundo “occidental”. Esta es, no sólo circunstancia a considerar, sino, posiblemente, razón determinante e insalvable, quizá la clave de la cuestión. Porque es tan cierto que Europa no abandonará ya nunca sus sistemas democráticos —con todas sus variantes—, sus logradas libertades, su anhelo igualitario, su larga y sólida relación de derechos, como que no concibe otra posibilidad de integración con Rusia y Yugoslavia —dejémoslo en “aceptación”— que no sea por renuncia de estas naciones a sus modos y formas, a esos modos y formas inadmisibles, contrarios, superados, rechazables para la civilización occidental.

Estamos hablando de civilizaciones distintas y, en buena medida, enfrentadas. Huntington, en su obra "The clash of civilizations" (1993), lo desarrolla y aventura como causa de las guerras del futuro. No le falta razón, a juzgar por lo que está sucediendo, pero me resisto a aceptar su teoría como dogma, a admitir que el futuro de Europa ha de contar con una permanente inestabilidad, y hasta enfrentamiento, con esas dos naciones de condición eslava. Primero, porque hemos de lograr la seguridad del Continenté, y la plenitud vital a que debe aspirar el ser humano no puede aceptar resignadamente el fracaso sin hacer nada más; pero también porque el mundo civilizado camina hacia la unificación de la sociedad, hacia la homogeneidad.

Hace más de ciento cincuenta años escribía John Stuart Mill: *"Existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto por medio de la fuerza de la opinión como por la legislativa. Todos los cambios que se operan en el mundo tienen por efecto el aumento de la fuerza social y la disminución de ese poder individual; y este desbordamiento no es un mal que tienda a desaparecer espontáneamente sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable"*. Ciertamente, Stuart Mill hablaba de la pérdida de la libertad individual, de la disminución de la capacidad de elección del hombre ante el avance de la sociedad, pero hay que admitir que así ha venido sucediendo a lo largo de los siglos.

En el caso que nos ocupa es de reconocer que la sociedad que se impone es la del modelo occidental, pues el otro se ha derrumbado. Y el "individuo" que cita Mill, sea Milosevic, se encuentra cada vez más aislado y hasta acosado. Y empleo esta expresión de "acoso", que implica seguimiento y persecución, porque precisa y efectivamente "existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo", incluso por medio de las leyes.

¿Qué ha de hacer, pues, Europa, al proyectar su sistema de seguridad hacia el futuro ante estos riesgos endémicos? He de concluir que su desaparición es cuestión de tiempo, de mucho tiempo, quizá generaciones en algún caso, como en el de Yugoslavia, donde se han cometido demasiadas atrocidades, que han hecho nacer odios de por vida, pero que se extinguirán con esas vidas.

Mientras tanto, hacer gala ya de la magnanimidad del vencedor y no acorralar al vencido, procurándole la oportunidad de una retirada digna que no le sea vergonzoso aceptar. Y esto, sin levantar el cerco. En el punto medio entre la justicia y esa magnanimidad estará la actitud virtuosa.

## **El extremismo religioso islámico y el error con Turquía**

Pudiera éste considerarse otro caso de enfrentamiento de civilizaciones que, en buena medida, si no en plenitud, afecta a la paz de Europa. Sin embargo, sería irracional aquí el intento de adopción del mismo tratamiento expuesto en el caso anterior de los eslavos del Este o del Sur, es decir, confiar en su lenta asimilación con el transcurso de los años o la aceptación por parte de ellos de los usos y modos de Occidente, por proximidad o por pura necesidad de supervivencia. Aquí no hay “pez grande y pez chico”, ni historia común ni frontera compartida.

En realidad, desde 1914, como consecuencia de la Guerra de los Balcanes (1912-13), el Islam, componente mayoritario del Imperio Otomano, quedó prácticamente reducido en Europa a la extensión de la Turquía de hoy, final de un largo período —más de 200 años— de disgregación y retirada que se inició en 1699 con la pérdida de Hungría en favor de la Casa de Austria.

Desde entonces su presencia en Europa es minoritaria y casi podría decirse que testimonial. Los recientes y muy graves enfrentamientos en Bosnia y Kosovo, de población musulmana, no pueden, en absoluto, identificarse con el extremismo religioso.

Por otro lado, si hacemos abstracción del capítulo expansionista del Imperio Otomano en Europa, ya que no es plenamente identificable con el mundo musulmán y mucho menos con el integrismo radical que aquí se trata, hace ya varios siglos que ese mundo musulmán vive su vida al margen de Europa, sin apenas fronteras comunes, sin proyectos políticos compartidos —salvo casos puntuales— sin interferencias mutuas y tan sólo relacionados ambos por intercambios comerciales o culturales.

Nuestro mundo cristiano y el musulmán son dos inmensas culturas, integradas por cientos de millones de personas y firmemente asentadas, cuya existencia paralela se prolonga desde hace trece siglos.

No se trata, pues, de dos mundos antagónicos y no tendría, por tanto, cabida aquí su consideración a la hora de analizar riesgos previsibles para Europa. Vaya esa firme declaración por delante para dejar paladina constancia de que es sólo un aspecto tangencial del mundo islámico —ni siquiera generalizado, ni coincidente con su ortodoxia, ni aceptado como medio de presión contra Europa por la vasta mayoría del mundo árabe— el que aquí se trae a colación, cual es el fundamentalismo radical integrista en sus manifestaciones violentas contra los intereses europeos o sus habitantes.

Por desgracia, ya se han dado suficientes manifestaciones de esta violencia contra Occidente, casi siempre en forma de acciones terroristas, como para rechazar toda duda sobre su origen e intenciones; unas veces en el propio territorio europeo y otras en el extranjero, en sus personas o sus bienes.

Aunque no se pretende aquí analizar este fenómeno, sino dejar constancia de su existencia como amenaza a la seguridad y estabilidad de Europa, sí se sabe que tales manifestaciones de violencia suelen responder a situaciones puntuales de descontento, necesidad, frustración, sentimiento de injusto reparto de la riqueza o como forma de presión contra los propios gobiernos por su política exterior o su acercamiento a Occidente, al que entonces señalan como infiel e impuro. También, que hay algunas naciones islámicas presididas por gobiernos integristas y fundamentalistas que apoyan o promueven estas conductas (Sudán, Afganistán, Libia, Irak, hace poco Irán, etc.).

De una forma o de otra, el peligro existe, su paso a la acción es recurso relativamente fácil y su reactivación incontrolable. En buena medida, merece la misma consideración y tratamiento que el terrorismo y el secuestro como formas de presión y de expresión en nuestro mundo occidental.

Su neutralización no es, en absoluto, sencilla, sobre todo cuando se trata de acciones de grupos aislados, ya que, si están implicados gobiernos legítimos o legitimados, el tratamiento corresponde a las Naciones Unidas. Pero es aceptado que una mejora en las condiciones de vida de estos grupos violentos favorece su desaparición, y que un riguroso control de fronteras, así como de los departamentos de inmigración, resulta tan necesario como eficaz.

Pero lo que se trata de presentar aquí, en relación con el riesgo que supone ese extremismo, es el error que Europa está cometiendo con Turquía.

De las más de cincuenta naciones islámicas que existen hoy en el mundo, Turquía es la más pro-occidental, democrática y pro-europea. Su primer parlamento de tintes democráticos data de 1877 y, aunque duró poco, fue prontamente restablecido. Pero desde las grandes reformas de Mustafá Kemal, en 1923, Turquía abandonó casi plenamente toda reserva antieuropea para transformarse en una república de formas occidentales. No es de mencionar aquí, de forma exhaustiva, la gran cantidad de cam-



bios políticos y sociales que se realizaron en esa dirección, pero sí procede recordar que se separó totalmente la política de la religión, algo impensable en el mundo islámico; se abrió la nación a la democracia parlamentaria de partidos políticos, con exclusión del partido comunista, y se adoptaron los sistemas y modos occidentales, pese al comportamiento de Gran Bretaña, Francia y Rusia, que en 1915 y luego en 1916 habían firmado pactos secretos para la disgregación del resto del mundo otomano y la anexión de sus tierras.

Tampoco debe olvidarse que, por necesidades estratégicas de Occidente, Turquía fue integrada en la NATO y que durante todo el largo período de la Guerra Fría fue la frontera más larga y quizá peligrosa de la Alianza con la URSS y el Pacto de Varsovia, pese a su difícil situación de guardián de los estrechos que dan salida al Mar Negro.

La consecuencia de todo esto, y de sus conocidos problemas con Grecia, es que Turquía es hoy por hoy una nación pro-occidental, con un estimable régimen democrático, muro de contención de la expansión del fundamentalismo islámico de Oriente Medio, con muy graves problemas internos por esta causa, rodeada de enemigos por todas partes, necesaria para Occidente desde el punto de vista estratégico y militar —recuérdese su valiosa ayuda durante la Guerra del Golfo— y, al mismo tiempo, contra todo pronóstico razonable, rechazada por la Unión Europea (Cumbre de la UE, Luxemburgo, 1997) y prácticamente abandonada a su suerte.

Aparte de su postura de fuerza en el caso de Chipre, ciertamente los modos de Turquía en relación con el problema kurdo y el respeto a los derechos humanos no son plenamente “democráticos”, pero creo francamente que la Unión Europea, en su conjunto, debiera atemperar sus ansias de proselitismo democrático en el seno de otras culturas y civilizaciones, y valorar muy cuidadosamente los perjuicios que le puede acarrear la instalación en Turquía de un régimen presidido por el extremismo religioso.

Esta situación se resolvió parcialmente en la Cumbre de la UE en Helsinki (diciembre 1999), en la que se tomó la decisión de admitir la candidatura de Turquía a la integración. No se trata aún de la apertura formal de negociaciones —como sí se hace con 6 nuevos Estados, además de los otros 6 ya en proceso—, para lo que aún habrá que esperar un largo tiempo. Pesan, además, serios condicionantes (candidatura de Chipre y mediación del Tribunal Internacional de La Haya en el litigio del Mar Egeo),

que habrán de despejarse previamente, pero esta nueva actitud de la UE de acercamiento a Turquía, por tímida que parezca, es, a mi entender, un paso de extraordinaria significación en la dirección correcta y un reconocimiento de la necesidad de que esa importante región al sudeste de Europa no puede quedar ni aislada ni resentida, con riesgo de convertirse en foco permanente de inestabilidad.

### **La actitud ante el crecimiento demográfico del Tercer Mundo**

Esta cuestión del desmesurado incremento de la población más pobre del mundo no se trae aquí como un problema más de los muchos que existen, sino en su consideración de riesgo para la seguridad de Europa. Así ha de ser visto, en su amplio sentido de “posibilidad de daño” o alteración de la estabilidad y seguridad del “Norte”, porque ese incremento demográfico, carente de los medios necesarios para su subsistencia, trae consigo, entre otros muchos males, tensiones y conflictos que pueden alcanzar dimensiones incontroladas, odios que se dirijan, por un sentimiento de agravio comparativo, a los países que gozan de un amplio bienestar y, de forma significativa y amenazante, el intento, muchas veces desesperado, de llegar a los lugares donde se encuentra la riqueza, como es nuestro continente.

Ese éxodo del hambre, esa lenta invasión del Norte se produce en las penosas circunstancias que supone el abandono del grupo social en que uno se ha desarrollado y vivido, que es donde el ser humano encuentra habitualmente la felicidad. El que así actúa lo hace, sin embargo, con un empeño desmedido y hasta peligroso y suicida por abandonar su país y dirigirse a otro que le es hostil, y no es otra la razón que la cantidad de dificultades que encuentra en el propio y la esperanza de encontrar algo mejor. Esa actitud desesperada, en la que tantas veces se pone en juego la propia vida, nos lleva a dos simples y claras conclusiones: una es que esa emigración quedaría masivamente reducida si a esos hombres y mujeres se les hiciera más habitable el país de origen; la otra, que en su necesidad de supervivencia propia y de los suyos, esquivarán la ley siempre que puedan, y no es otra la razón por la que admiten ser explotados.

Igual de simple y clara puede entenderse la medida de crearles en origen estructuras que les proporcionen empleo y riqueza como forma de retenerlos. Sin embargo, los países desarrollados mantienen, de forma ampliamente compartida, otros argumentos que apuntan a los peligros que el crecimiento del Tercer Mundo supone para la especie humana en general.



Según datos de la ONU, habitamos el planeta 6.000 millones de seres humanos. Una cifra récord que es utilizada por algunos gobiernos e instituciones para difundir teorías apocalípticas acerca de la falta de recursos y la consiguiente necesidad de establecer políticas de control de natalidad en el Tercer Mundo para evitar que estalle la “bomba demográfica”. Sin embargo, la mayoría de los expertos coinciden en señalar que, afortunadamente, nuestro mundo es todavía suficientemente habitable.

Pero Occidente no quiere creer en esa realidad y prefiere seguir apegado a la predicción que hizo el economista británico Robert Malthus hace ya dos siglos. Como es sabido, Malthus formuló su teoría en 1798, en su obra “Primer ensayo sobre el principio de la población”, según la cual, mientras la población crece en progresión geométrica la producción de alimentos lo hace en progresión aritmética, con lo que vaticinaba el agotamiento irremediable de los medios de subsistencia. La realidad se ha encargado de desmentir esa teoría ya que, según datos de la FAO, entre 1950 y 1995 la población mundial se ha multiplicado por 2 y la producción de alimentos por 3.

Pero el Norte pudiente antepone su bienestar material, incluso evitando los hijos y los trabajos penosos, a la adopción de medidas a favor de los necesitados del Tercer Mundo que supongan renuncia a sus bienes y comodidades. Y es igualmente cierto que ese Norte cuenta con densidades de población mucho más altas que las del Sur, lo que sería honesto tener en cuenta tanto para reprimir sus denuncias al exceso de población como para comprender que, pese a tales concentraciones humanas, se puede disfrutar de un estimable nivel de vida.

Afortunadamente, esa actitud egoísta no es unánime y sí es de rigor hacer referencia al gran número de iniciativas que se han adoptado en Occidente para combatir la pobreza y el retraso, especialmente desde la segunda Guerra Mundial, en que surge la “economía del desarrollo” para encauzar y dirigir la acción de los gobiernos hacia la mejora del nivel de vida del mundo necesitado. Coincide entonces con el período de descolonización, fomentándose la industrialización, aunque no dio los resultados buscados, principalmente debido a la coincidencia con períodos de crisis en Occidente y al comprobarse que la diferencia entre los niveles de desarrollo de los países industrializados y los subdesarrollados iba en aumento. Esto llevó a la creación del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), declarado después de un período extraordinario de sesiones

nes de la Asamblea General de la ONU en Abril-Mayo de 1974, que se continuó al año siguiente con planes concretos sobre desarrollo y cooperación económica internacional y con la “Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados”; y, ya en la década de los 90, con el llamado “Nuevo Convenio sobre el Desarrollo”.

Tampoco puede olvidarse el BIRD (Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo) o Banco Mundial, la mayor fuente de préstamos para los países en desarrollo, con 170.000 millones de US\$, ni los muchos programas de ayuda existentes en la UE, ni la valiosa cooperación de las ONG en este campo y en nuestros días; ni se puede tampoco olvidar el permanente y altruista esfuerzo de las misiones de la Iglesia Católica a lo largo de los siglos en las regiones más pobres del Tercer Mundo, donde mantiene miles de hospitales, escuelas y centros de formación.

Sin embargo, es claro que todos esos esfuerzos resultan insuficientes y van a veces acompañados de otras medidas menos honrosas, ya citadas, y otras muchas inspiradas por el afán de lucro, que esquilman a los países necesitados de sus materias primas a cambio de su forzosa adquisición de productos necesarios a precios que no les permiten salir de la miseria.

No se trata, pues, con lo dicho antes, de una queja absoluta a la inactividad o indiferencia del Mundo Occidental, ni tampoco de hacer creer que basta con incrementar las aportaciones dinerarias a ese mundo infeliz, aunque esta sea condición insoslayable. El problema es de mucho mayor calado, pues la llamada a la búsqueda de políticas económicas eficaces implica el acierto también en políticas comerciales, de empleo, financieras, agrarias, sociales, educativas, de industrialización, etc. Es la constatación de que la pobreza, las hambrunas y el subdesarrollo continúan, y continúan creciendo con la población mundial. Con ellos aumenta la preocupación de los organismos oficiales, que comprueban cómo todas esas medidas no son suficientes para detener un mal de proporciones gigantescas que afecta al 80% de la humanidad.

Pero no hay otra forma de acción que proporcionar a ese mundo los medios para su autodesarrollo. Está comprobado, además, que ese incremento de su capacidad de desarrollo autónomo, una mejoría en el nivel de vida de un sector de población, se traduce en una disminución de la tasa de crecimiento de esa población. Es en la pobreza donde se produce el incremento demográfico incontrolado. No es la reducción de la natalidad lo que provoca el desarrollo, sino que es el desarrollo lo que produce la

disminución de la natalidad. Las naciones avanzadas se han fijado la cifra teórica del 0,7 % del PIB como la que deben destinar al socorro del Tercer Mundo. Hay que reconocer que es una cuantía inalcanzable en la práctica. Puede estimarse que sus aportaciones están entre el 0,20 y el 0,30. Sin embargo, considero que es bueno respetar esa cifra (0,7) —obtenida por simples cálculos de cuantías económicas necesarias para acabar con el problema— como meta y estímulo permanente ante el gravísimo problema del hambre en el mundo.

Es necesaria mayor imaginación en la búsqueda de medidas eficaces. Y se puede presentar ese reto al mundo occidental con razonable garantía de que encontrará la forma de resolverlo, pues lo que sí se ha incrementado de forma exponencial es la ciencia, producto de la presión científica ante otros constantes retos que surgen ante el hombre de hoy. A la vista de los éxitos logrados, hay que deducir que la inteligencia humana posee, en nuestros tiempos, capacidades superiores a las que nunca ha tenido. Hoy se suceden, de forma pasmosa y admirable, descubrimientos y remedios de todo orden, consecuencia del inmenso esfuerzo de la epistemología. Ya casi se han olvidado muchas angustias, relativamente recientes, que suponían amenazas por la extinción de los recursos vitales, como el vaticinio de Malthus relativo a la alimentación, o el agotamiento de las fuentes de energía, o de determinados bienes de consumo imprescindibles. ¿Quién se acuerda ya de aquellos intranquilizadores vaticinios de los años 60 y 70 sobre el agotamiento de los pozos de petróleo con el fin del siglo XX? Incluso, cuando es constante el incremento del parque de vehículos de propulsión por combustibles líquidos, se cierran centrales nucleares, consideradas entonces como única solución, y se abandonan explotaciones de carbón. Como también se predijo la desaparición de la materia prima para la confección de papel, que llevó a campañas, como recordamos, de conservación de la prensa leída para su transformación. ¿En qué quedó todo aquello? hay que preguntarse hoy, cuando la invasión de fotocopiadoras ha incrementado el consumo de papel de forma desconsiderada. Y así, el agotamiento de la madera por incendios y talas masivas; la invasión de basuras y estercoleros en una marea que parecía incontenible; no digamos la curación de enfermedades que fueron azote durante siglos. A todos esos males, y a otros muchos ya olvidados, ha ido el hombre y la ciencia dando solución, atenuándolos o haciéndolos desaparecer, de forma tal que es hoy difícil admitir que haya necesidades humanas a las que no pueda darse solución en un tiempo razonable.

Ante esta evidencia alentadora, que promueve la fe en el ingenio humano, en la ciencia y en la técnica, presionadas por la necesidad, es difícil admitir la terrible crueldad de que el problema del Tercer Mundo no tiene solución, que no podrá levantársele la condena al hambre y al sufrimiento, y que para evitar incomodidades al placentero y superpoblado mundo occidental solo se puede recurrir a la fácil y denigrante solución de que instauren en sus naciones políticas antinatalistas que incluyen el aborto y la esterilización, como requiere la ONU como condición para prestarles ayuda. Lo que no propuso ni el propio Malthus, que vinculaba la contención de la natalidad al criterio y voluntad de los propios países subdesarrollados, ni tampoco imponen las propias naciones del mundo occidental, plenamente desarrollado y mucho más poblado, en uno sólo de sus florecientes kilómetros cuadrados.

Este es también un objetivo suficientemente noble y valioso como para convertirse en un nuevo desafío a la imaginación. Este mundo necesitado no puede, en conciencia, ser abandonado por los que tienen todo, que, además, corren el riesgo de verse acosados por masas de inmigración ilegal, consecuencia de su excesivo crecimiento. Y de esas masas que se desplazan al Norte en condiciones extremas en busca de riqueza cabe esperar que sus niveles de exigencia vayan unidos al incremento del grupo y a la violencia de sus reclamaciones. Con frecuencia, también, traen droga, como único producto asequible en su origen, de fácil transporte y de venta inmediata, lo que les permite disponer de una cierta cantidad de dinero rápido para su subsistencia, o recurren al robo, todo lo cual explica la xenofobia.

Sin embargo, la disminución de población activa en Europa por descenso de la natalidad, aparte de traducirse en envejecimiento de la población y consiguiente incremento de cargas sociales, tiene como consecuencia inmediata la necesidad de importación de mano de obra. La inmigración, recurso para mantener el nivel de desarrollo de Europa, hay que afrontarla con sentido de solidaridad. Naturalmente, no se trata de consentir la inmigración ilegal. Esa afluencia debe ser contenida y controlada en origen, por acuerdo con los gobiernos de las naciones de procedencia sobre el número de admitidos, poniendo en juego la ayuda prestada para sus muchas necesidades, ayuda que sería suspendida por negligencia o incumplimiento.

Es necesario afrontar el desarrollo del Tercer Mundo como una deuda largamente pendiente de la humanidad que, mientras no sea saldada, hará

inútil y hueca toda proclamación de los Derechos Humanos, pura retórica que hoy día preside cualquier declaración de principios, constitución o carta de derechos y deberes. Es la única forma de contención.

A la hora de señalar los riesgos para la seguridad que se asoman al horizonte de Europa, este del intento de desplazamiento hacia el Norte de masas de población en busca de su supervivencia, en forma de lenta invasión anunciada, aunque ahora sea pacífica, ha de quedar aquí indicado.